

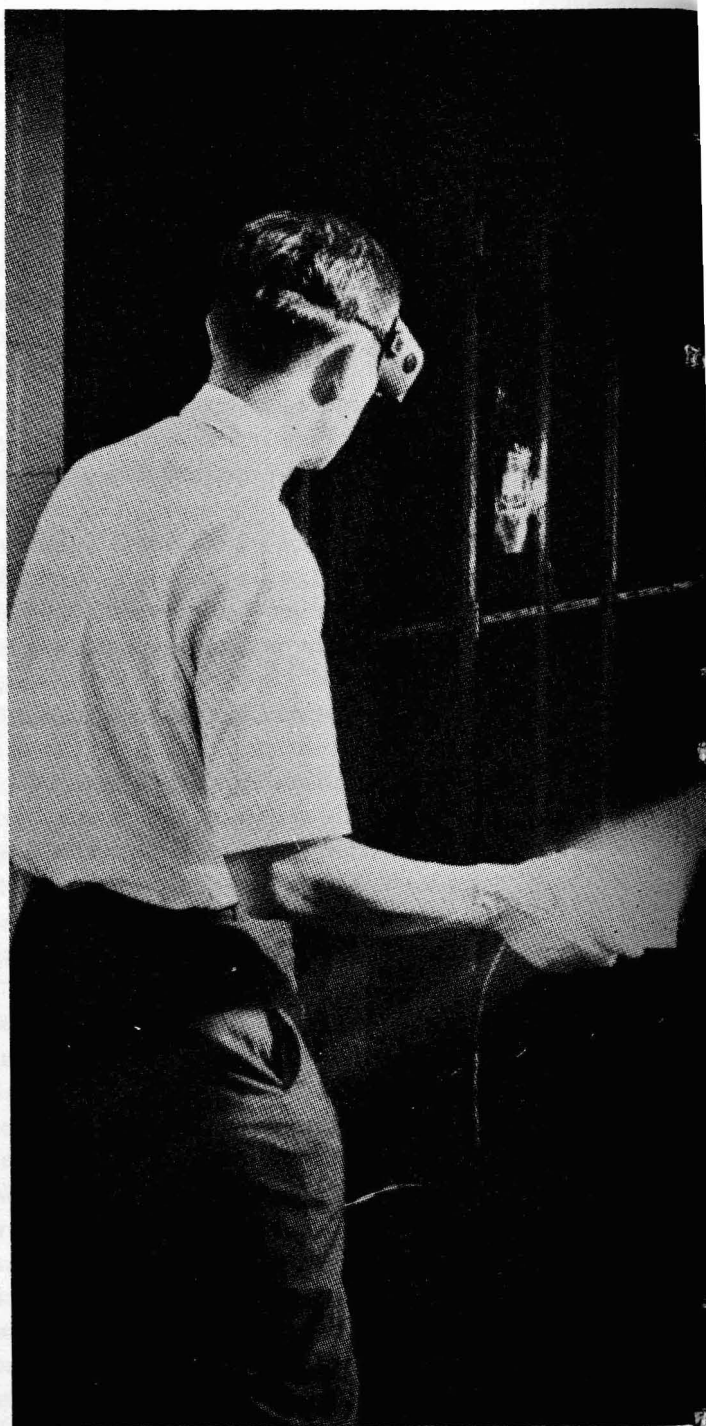
LO INMATERIAL

Tanto en el orden del poder estratégico, logístico, o en el puramente táctico del logro del objetivo —lo que antaño se llamaba de manera muy esquemática “puntería”— como en el de los diferentes materiales bélicos, armas, vehículos y medios diversos, observamos la misma tendencia a la desmaterialización sistemática de los aparatos. Desmaterialización que pronto se convertirá, de no poner remedio, en “desrealización” de los fines de la guerra, de los procedimientos y objetivos político-militares, tal y como la era atómica la ha esbozado hace cerca de cuarenta años.

Desde la innovación de la *máquina de guerra* de la antigüedad —máquina política y estratégica egipcia, griega o latina— hasta la reciente aparición de las condiciones que hacen posible la máquina de declaración de guerra, que es lo que la automatización y el perfeccionamiento de la informática y de los vectores de rápido libramiento permiten, y hasta exigen, la historia de los conflictos armados no ha dejado de ser una larga serie de procedimientos de desmaterialización de los medios militares, al tiempo que se han ido desarrollando nuevas armas. *Modos de destrucción* cada vez más sofisticados y costosos que dependían del desarrollo económico y social de los diferentes *modos de producción* agrarios, artesanales e industriales hasta la manifestación, esta vez científica, del poderío nuclear, en el que la utilización militar de la energía de fisión y fusión se anticiparía con mucho a su uso civil, y lo subrayo, por primera vez en la historia de la utilización de energías naturales o de síntesis.

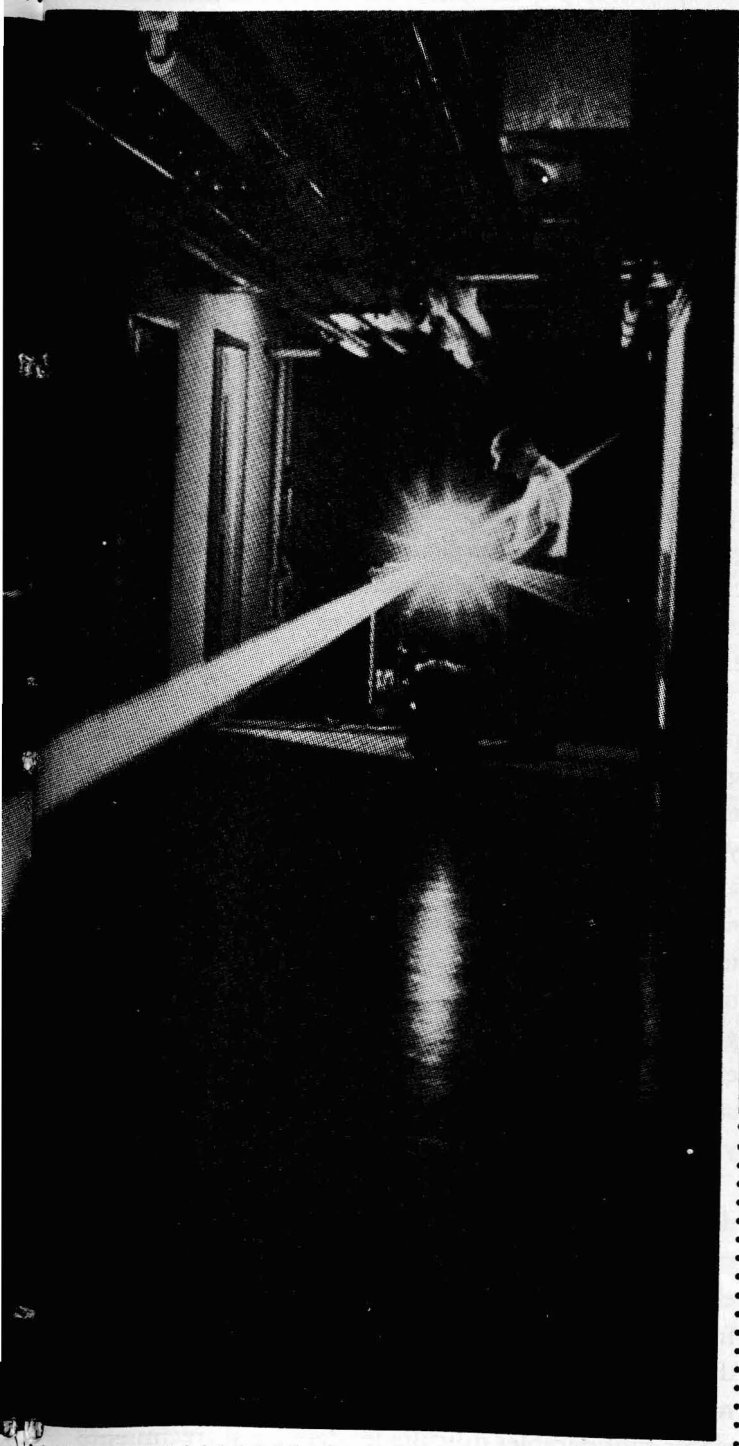
Sin pretender resumir aquí la larga lista de procedimientos técnicos y episodios político-militares que ahora culmina con el desarrollo de *lo inmaterial bélico*, al menos me parece necesario señalar las directrices y momentos importantes de esta progresiva desaparición de los actores y elementos materiales utilizados en los enfrentamientos bélicos de antaño.

Estamos ante tres perspectivas. En primer lugar la del dominio visual: control de movimientos y adquisición de objetivos lejanos son dominios interdependientes del



BÉLICO

Por Paul Virilio



perfeccionamiento de la información que necesita la guerra para evitar la desastrosa “sorpresa”. En segundo la del mando: las responsabilidades prácticas en el alistamiento de fuerzas defensivas y ofensivas que dependen de la estructura jerárquica. Y finalmente el armamento, o más exactamente los sistemas de armas: combinación logística de los medios de transporte y de destrucción; estos “vectores de libramiento” incluyen desde el caballo o el arco, las armas usadas en la antigüedad por la artillería, los cañones de autotracción y los blindados, hasta los misiles *crucero* y el láser.

En un repaso rápido a la historia del control y vigilancia militares, vemos cómo este “dominio” se ejerce en primer lugar mediante la ocupación por la fuerza de cimas naturales, puntos de vista elevados desde los que la mirada escrutadora alcance la lejanía. Se trata de las primeras formas de previsión y anticipación de movimientos del enemigo necesarias para la movilización preventiva de fuerzas. Estas ocupaciones militares provisionales, completadas con las de los lugares de paso obligado, desfiladeros, vados, istmos, serán poblados a continuación por un campesinado que encontrará en ellos la ventaja de la protección contra exacciones. Después serán fortificados, provistos de torres de vigilancia, torreones e incluso capillas cuyos campanarios servirán a la vez de observatorio y alarma.

Mucho más tarde, en los siglos XVII y XVIII, el desarrollo de la artillería y los progresos de la óptica terminarán con este “oficio de prevención”, no sólo con el lugar elevado, natural o construido, también con la lejanía, pues el telescopio, primer medio de comunicación inmaterial después de las señales de humo, mucho antes del telégrafo Chappe, el radioteléfono y la televisión, la aproxima sin esfuerzo. En el siglo XIX, durante la Guerra de Secesión, esta función de dominio preventivo será asegurada por globos de observación, equipados los aerostatos de aparatos fotográficos, e incluso por “cometas militares” provistos de cámaras fotográficas accionadas por un hilo. Con la Primera y sobre todo la Segunda Guerra Mundial, el siglo XX verá

al avión de reconocimiento, armado de cámaras cinematográficas de alta resolución, tomar el relevo de las torres y globos de observación.

Con el radar y el sonar asistimos a la invención de la "imagería electrónica", la primera desmaterialización significativa de una vigilancia audiovisual que en lo sucesivo será asegurada por medio de las ondas, la irradiación electromagnética y las vibraciones de un éter electrónico. Finalmente, en los años sesenta, con la conquista del espacio extra-atmosférico, los satélites de observación y de telecomunicación superaron al telescopio de Galileo al mostrar, más que los astros, la Tierra, una Tierra en la que ya no podrá tener lugar ningún movimiento importante sin que en alguna parte se encienda una pantalla o parpadee un piloto en algún panel electrónico. Y dentro de nada, la instalación de plataformas orbitales permanentes, *satélites de alerta anticipada*, miradores siderales para la "guerra de las galaxias" anunciada para finales de siglo.

Ante la evolución histórica del armamento, de los diferentes sistemas de armas, desde la vieja arma blanca (cuchillos, espadas, picas) o arrojadiza (piedras, flechas, dardos) hasta las armas nucleares contemporáneas, se constata una misma tendencia. Lo mismo que el arma blanca no deja de *alargarse* en el curso de los siglos para alcanzar más fácilmente a un enemigo a distancia y con frecuencia a caballo, las arrojadizas evolucionan para *propulsar más lejos* un proyectil cuyo efecto destructor es constantemente reforzado. Otro tanto con las armas de neutrones de "irradiación reforzada". Desde el *pilum* romano y las armas griegas o latinas que utilizaban la elasticidad natural capaz de proyectar a un centenar de metros bloques de piedra, hasta la ballesta, pasando por los grandes arcos ingleses de la batalla de Azincourt, el arcabuz, el mosquete, la carabina y el fusil automático actual, se observa un cambio constante, de la energía muscular necesaria en el manejo del arma a la energía nuclear, pasando por la utilización del explosivo molecular, la famosa "pólvora de cañón" que permitió un considerable aumento en el alcance y la cadencia del disparo y ocasionó finalmente la progresiva desaparición de murallas y escudos masivos, la desintegración de las formaciones de combate en unidades menos vulnerables.

Esta desmaterialización alcanzará así por igual al arma y a su ostentación, a la tropa y al soldado, de ahí la necesidad de disimulación, de camuflaje, y hoy de señuelos, como las *contramedidas electrónicas*, únicas capaces de proteger del impacto de proyectiles dotados de "cabezas buscadoras", que pueden lograr sus objetivos por sí mismos, o de esos misiles autodirigidos cuyo sistema llevará el revelador nombre de *Fire and Forget*.

A partir de ahora el hombre ya no está protegido por el espesor de la piedra o del hormigón armado, ni por

la dureza de los blindajes, ni tampoco por la distancia que le separe de su adversario, sino por la emisión de *irradiaciones perturbadoras*. Protegido de misiles enemigos, de la guerra electrónica que reúne la guerra química y bacteriológica: gases asfixiantes y sobre todo esos productos paralizantes que atacan el sistema nervioso de los combatientes, su voluntad misma.

El desarrollo científico y técnico del alcance de los cañones, desde los centenares de metros iniciales hasta las actuales decenas de kilómetros (de 40 a 100 km en los de muy largo alcance), así como el aumento constante de la velocidad inicial de los proyectiles y de su cadencia de disparo (hasta seis mil por minuto en las armas electrificadas) y la invención de los misiles intercontinentales —por no hablar también del láser como arma, a la velocidad de la luz— todo ello habrá contribuido a encerrar a los protagonistas de enfrentamientos armados en un decisivo cara a cara que ya no pertenece a los responsables políticos y militares sino esencialmente a sus sistemas de armamento: sistemas de alerta y protección electrónica para la defensa, sistema de disparo instantáneo para el ataque.

Lo que nos sitúa ante la última perspectiva, no sólo la de la *desmaterialización* de los medios de destrucción, sino además la progresiva despersonalización del mando, la pérdida de la voluntad política propiamente humana, en beneficio de la automatización de la decisión que culminará en esa próxima *Máquina de declaración de guerra*, máquina transpolítica, capaz de suplantar al decisor supremo, al jefe del Estado, *Doomsday Machine*, estudiada desde hace cerca de diez años por especialistas en informática.

Una misma concentración del poder de decisión se pone de manifiesto al seguir este proceso que va de las guerras tribales a los Estados mayores de los conflictos modernos pasando por las estrategias de la antigüedad y los grandes capitanes de la Edad Media. Mientras los guerreros de los primeros tiempos poseían una gran autonomía individual, una responsabilidad derivada de la importancia de la *táctica*, en conflictos que no eran más que "cazas del hombre", los combatientes de las falanges y legiones de la antigüedad deberán someterse a una estricta disciplina ligada al desarrollo de la *estrategia*, desarrollo ligado a su vez a las necesidades del gobierno y a la defensa de las ciudades-Estado mediterráneas.

A través de las vicisitudes de la historia occidental y de las monarquías europeas, esta exigencia de la economía política de la guerra no dejará de desarrollarse, con el advenimiento de las naciones-Estado y los grandes enfrentamientos armados que se sucedieron. El nacimiento del *Estado mayor general* originará enormes problemas de mantenimiento. Planteará a ministros y oficiales superiores considerables dificultades debidas al crecimiento



constante del número de combatientes: de decenas a centenares de miles y, finalmente, millones de individuos necesarios para vencer la guerra de masas. Situación que desembocará, en el siglo XX, en la primacía de la *logística*, la instalación de complejos militares (industriales y científicos) y la creciente utilización de los recursos nacionales en la investigación y el desarrollo de nuevas armas, incluso en tiempos de paz.

Este gigantismo (Estado mayor de los ejércitos en 1914, de grupos de ejércitos en 1939-45, MacArthur, Eisenhower. . .) prefigura el ocaso de la vieja jerarquía militar, decadencia que pronto las armas nucleares terminarán imponiendo por su poder pero sobre todo por su rapidez: unas horas para la bomba aerotransportada de Hiroshima, menos de una hora en los misiles intercontinentales, unos minutos en los de alcance medio (SS 20, Pershing 2) y finalmente, unos segundos en los de corto alcance instalados actualmente en Europa Central.

Desmaterialización del armamento, despersonalización del mando, "desrealización" de los fines de la guerra. . ., la cuestión que actualmente nos propone lo *inmaterial bélico* es central: después de haber aceptado en el curso de los siglos pasados esta infinita delegación de los poderes político y militar, su tiránica concentración, ¿aceptaremos delegar la *última ratio*, la decisión de declarar la guerra en estos sistemas expertos, los únicos capaces de reaccionar en un "tiempo real" a otros aparatos del mismo tipo? Insensata unión de los sistemas detectores y de los sistemas de disparo, pertenecientes a campos opuestos y susceptibles de desencadenar el Apocalipsis. De hecho el Apocalipsis ya no es la guerra nuclear sino la respuesta positiva o negativa que demos a la cuestión de la automatización. ♦